



Desaparición

para

expertos

**HOLLY
JACKSON**

DISFRUTA CON LA TRILOGÍA
DE HOLLY JACKSON

CROSS
BOOKS

HOLLY JACKSON

*Desaparición
para
expertos*

CROSS
BOOKS

ANTES Y DESPUÉS

Crees que sabrías identificar a un asesino.

Que sus mentiras tendrían una textura diferente; un giro apenas perceptible. Un tono que se espesa, se afila y se desequilibra a medida que la verdad se resbala por los bordes irregulares. Eso crees, ¿verdad? Todo el mundo piensa que podría hacerlo en un momento dado. Pero Pip fue incapaz.

«Es una tragedia que todo acabara como acabó.»

Sentada frente a él, mirándolo a los ojos tiernos y arrugados, el teléfono entre los dos grabando cada sonido, cada respiración, cada carraspeo. Se lo creyó todo, palabra por palabra.

Pip movió el ratón y volvió a reproducir el audio.

«Es una tragedia que todo acabara como acabó.»

La voz de Elliot Ward resonó una vez más por los altavoces, llenando su habitación. Llenándole la cabeza.

Stop. Clic. Repetir.

«Es una tragedia que todo acabara como acabó.»

Ya lo había escuchado unas cien veces. Puede que incluso mil. Y no había nada, ni un desliz, ni un cambio de tono al pasar de mentiras a medias verdades. Era el hombre al que ella había considerado casi como un padre. Pero Pip también había mentido, ¿no? Se decía que lo hizo para proteger a las personas a las que más quería, ¿no fue ese también el motivo de Elliot? Pip ignoró esa voz de su cabeza; la verdad había salido a la luz —la mayoría—, y a eso se aferraba.

Continuó reproduciendo el audio hasta llegar a la parte que le ponía el vello de punta.

—Y ¿tú crees que Sal mató a Andie? —preguntó la voz de la Pip del pasado.

—... era un chaval encantador. Pero, si tenemos en cuenta las evidencias, no veo cómo no pudo hacerlo. Así que, a pesar de que parezca una locura, supongo que tuvo que ser él. No hay otra explicación.

La puerta de la habitación de Pip se abrió de golpe.

—¿Qué estás haciendo? —interrumpió una voz del presente, seguida por una sonrisa, porque sabía perfectamente lo que estaba haciendo.

—Qué susto me has dado, Ravi —dijo molesta, volviéndose hacia el ordenador para pausar el audio.

Él no tenía necesidad de escuchar la voz de Elliot Ward nunca más.

—Estás sentada a oscuras escuchando eso, ¿y soy yo el que da miedo? —dijo dándole al interruptor.

La luz se reflejó en el mechón de pelo oscuro que le caía sobre la frente. Puso esa mueca a la que ella no se podía resistir, y Pip sonrió porque era imposible no hacerlo.

Se apartó del escritorio rodando en la silla.

—¿Cómo has entrado?

—He pillado a tus padres y a Josh saliendo. Llevaban una tarta de limón impresionante, por cierto.

—Ah, sí —dijo—. Están en misión de bienvenida. Se acaba de mudar una pareja a la casa de los Chen, al final de la calle. Mi madre se ha encargado de la venta. Los Green... o los Brown, no me acuerdo.

Le resultaba muy raro pensar en otra familia viviendo en esa casa, nuevas vidas reorganizándose para ocupar espacios antiguos. El amigo de Pip, Zach Chen, siempre había vivido allí —cuatro puertas más abajo—, desde que ella se

había mudado con cinco años. No se lo tomaron como una despedida, al fin y al cabo, veía a Zach todos los días en el instituto, pero sus padres decidieron irse del pueblo porque había «demasiados problemas». Y era evidente que consideraban a Pip gran parte de esos «demasiados problemas».

—Ah, la cena es a las siete y media —dijo Ravi con una voz que saltaba torpemente por encima las palabras.

Pip lo miró: llevaba su camisa más elegante metida por la cintura del pantalón y... ¿zapatos nuevos? Le llegaba también el olor del *aftershave* a medida que Ravi caminaba hacia ella. Se detuvo cerca, pero no la besó en la frente ni le pasó la mano por el pelo, sino que se sentó en la cama, sin saber dónde meter las manos.

—O sea, que llegas casi dos horas antes. —Pip sonrió.

—S-sí —Ravi tosió.

¿Por qué estaba tan raro? Era San Valentín, el primero desde que se conocieron, y Ravi había reservado una mesa en The Siren, a las afueras del pueblo. Su mejor amiga, Cara, estaba convencida de que le iba a pedir esta noche que fuera su novia. Incluso quiso apostar dinero. Ese pensamiento hacía que a Pip se le encogiera el estómago y se le acelerara el corazón. Pero tal vez no fuera eso: San Valentín coincidía con el cumpleaños de Sal. El hermano mayor de Ravi tendría veinticuatro años si hubiera pasado de los dieciocho.

—¿Hasta dónde has llegado? —preguntó Ravi señalando con la cabeza el ordenador con el programa Audacity abierto y cubriendo la pantalla de puntiagudas líneas azules.

Ahí estaba toda la historia, en esas líneas azules. Desde el principio hasta el final del proyecto; cada mentira, cada secreto. Incluso los suyos.

—Ya está —dijo Pip mirando el micrófono USB conectado al ordenador—. Lo he terminado. Seis episodios. He teni-

do que utilizar la reducción de ruido para algunas de las entrevistas telefónicas, pero está acabado.

Y en una carpeta de plástico verde, al lado del micrófono, estaban los formularios de autorización que había enviado a todo el mundo. Firmados y devueltos, dándole permiso para publicar las entrevistas en un pódcast. Hasta Elliot había aceptado desde la cárcel. Solo dos personas se lo denegaron: Stanley Forbes, del periódico del pueblo, y, por supuesto, Max Hastings. Pero Pip no necesitaba sus voces para contar la historia, había rellenado esos huecos con las entradas de sus registros de producción, grabados como si fueran monólogos.

—¿Ya has terminado? —dijo Ravi, aunque no lo pilló por sorpresa. Seguramente él la conocía mejor que nadie.

Solo habían pasado un par de semanas desde que se había plantado en el salón de actos del instituto y había explicado a todo el mundo lo que había pasado. Pero la prensa seguía sin contar bien la historia; todavía se aferraban a sus propios puntos de vista, porque eran más limpios, menos problemáticos. Y eso que el cadáver de Andie Bell no se encontró precisamente impoluto.

—Si quiero que las cosas se hagan bien, tengo que hacerlas yo misma —dijo Pip recorriendo los clips de audio con la mirada.

Todavía no tenía claro si todo aquello era el final o el principio de una historia. Pero sí sabía lo que ella quería que fuera.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ravi.

—Tengo que exportar los archivos, subirlos a SoundCloud de uno en uno, cada semana, y copiar el feed RSS a directorios de pódcast, como iTunes y Stitcher. Aunque todavía no he terminado del todo —aclaró—. Tengo que grabar la introducción con este tema musical que he encontrado en Audio Jungle de fondo. Y para eso necesito un título.

—Ah —dijo Ravi estirándose hacia atrás—, ¿todavía no tienes título, lady Fitz-Amobi?

—Así es —contestó—. Lo he reducido a tres opciones.

—Dispara —la animó Ravi.

—No, porque te vas a reír.

—No me voy a reír —dijo él sinceramente, con una sonrisa casi imperceptible.

—Está bien. —Miró sus notas—. La opción A es: *Análisis de un error judicial*. Qu... Ravi, te estás riendo.

—Era un bostezo, te lo prometo.

—Tampoco te va a gustar la opción B: *El estudio de un caso cerrado: Andie Bell...* Ravi, ¡para!

—¿Qué? ¡Lo siento! No puedo evitarlo —dijo llorando de la risa—. Es que... tienes muchas cualidades, Pip, pero te falta una cosa...

—¿En serio? —Giró la silla para mirarlo—. ¿Me falta algo?

—Sí —dijo, sosteniéndole la mirada—. Chispa. No tienes prácticamente nada de chispa, Pip.

—Sí que la tengo.

—Necesitas atraer a la gente, intrigarlos. Hay que meter alguna palabra como «matar» o «muerte».

—Pero eso sería sensacionalismo.

—Exactamente lo que hace falta para que la gente lo escuche —dijo él.

—Pero todas mis opiniones son veraces y...

—¿Aburridas?

Pip le lanzó un subrayador amarillo.

—Necesitas algo que rime, o una aliteración. Algo con...

—¿Chispa? —dijo Pip imitando la voz de Ravi—. Pues piensa tú.

—*Muerte adolescente* —dijo él—. No, espera. Little Kilton... *Little KILLton*.

—¿Qué dices? No —respondió Pip.

—Tienes razón. —Ravi se levantó y empezó a deambular por la habitación—. Tu único atractivo comercial eres tú. Una chica de diecisiete años que resolvió un caso que la policía hacía tiempo que consideraba cerrado. ¿Y tú qué eres? —La miró entornando los ojos.

—No lo bastante atrayente, según parece —dijo ella fingiendo estar ofendida.

—Una estudiante —pensó Ravi en voz alta—. Una chica. Un proyecto. ¿Qué te parece *El proyecto de asesinato y yo*?

—Qué va.

—Vale... —Ravi se mordió el labio y Pip sintió un cosquilleo en el estómago—. Algo de asesinato, o muerte, o muerto. Y tú eres Pip, una estudiante, que es una chica a la que se le da bien... ¡claro! —dijo de pronto con los ojos muy abiertos—. ¡Ya lo tengo!

—¿Qué?

—¡Claro que lo tengo!

—¡Dímelo!

—*Asesinato para principiantes*.

—Noooooo. —Pip negó con la cabeza—. Es malísimo. Muy forzado.

—¿Qué dices? ¡Es perfecto!

—¿Para principiantes? —dijo dudosa—. Suena a una guía para aprender a matar. No quiero parecer una asesina en potencia.

—*Asesinato para principiantes* —dijo Ravi con una voz profunda, como de tráiler de película, agarrando la silla de Pip y girándola hacia él.

—No —dijo ella.

—Sí —replicó él, colocándole una mano sobre la cintura y subiendo lentamente por las costillas.

—Ni hablar.

Reseña de «Asesinato para principiantes»: el último grito en podcasts de crímenes con un final escalofriante

BENJAMIN COLLIS, 28 DE MARZO



Si todavía no has escuchado el episodio 6 de «Asesinato para principiantes», deja de leer inmediatamente. Este artículo contiene muchos spoilers.

Sí, muchos de nosotros ya sabíamos cómo terminaba este misterio desde el pasado noviembre, cuando estalló el escándalo, pero el culpable no es lo único que importa aquí. La verdadera historia de «Asesinato para principiantes» ha sido el recorrido, que empezó con la corazonada de una chica de diecisiete años sobre un caso cerrado —el del asesinato de la adolescente Andie Bell, presuntamente a manos de su novio, Sal Singh— y que desencadenó una serie de oscuros secretos que la joven fue descubriendo en su pequeño pueblo. Cambios continuos de sospechosos, mentiras y giros inesperados.

Al episodio final no le faltan giros, desde luego, ya que nos descubre la verdad, empezando con la asombrosa revelación de que Elliot Ward, el padre de su mejor amiga, fue quien escribió las notas amenazantes que Pip recibió durante su investigación. Prueba irrefutable de su implicación y un verdadero momento de «pérdida de la inocencia» para nuestra joven detective. Ella y

Ravi Singh, el hermano pequeño de Sal y ayudante en la investigación, pensaban que Andie Bell podía continuar con vida y que Elliot la había tenido secuestrada todo ese tiempo. Pip se enfrentó sola al principal sospechoso y, con su relato, se resuelve toda la historia. Una relación ilícita profesor-alumna, supuestamente iniciada por Andie. «Si esto fuera cierto —teoriza Pip—, creo que Andie buscaba una forma de escapar de Little Kilton, concretamente de su padre, quien, supuestamente, según una fuente, era controlador y un maltratador psicológico. Puede que Andie creyera que el señor Ward podía ayudarla a entrar en Oxford, como a Sal, y así darle la oportunidad de alejarse de su familia.»

La noche de su desaparición, Andie fue a casa de Elliot Ward. Discutieron. La chica se tropezó y se golpeó la cabeza contra un escritorio. Pero cuando Ward llegó con el botiquín, ella había desaparecido en mitad de la noche. En los días siguientes, cuando declararon oficialmente desaparecida a Andie, Elliot Ward entró en pánico creyendo que su joven amante podía haber muerto a causa de la herida y que, cuando la policía encontrara su cuerpo, hallarían pruebas que lo señalaran directamente. Su única opción fue darles un sospechoso más convincente. «No paraba de llorar mientras me contaba cómo mató a Sal Singh», dice Pip. Ward manipuló las pruebas para que la policía creyera que él había asesinado a su novia y luego se había suicidado.

Pero meses después, Ward se sorprendió al ver a Andie vagando por un arcén, muy delgada y desaliñada. Parecía que, a fin de cuentas, no había muerto. Ward no podía permitir que volviera a Little Kilton, y así acabó siendo su prisionera durante cinco años. Sin embargo, en un giro que ni en las mejores películas de suspense, la persona que vivía en el desván de Ward no era Andie Bell. «Se parecía mucho a ella —afirma Pip—, incluso llegó a confirmarme que era Andie.» Pero, en realidad, era Isla Jordan, una chica muy vulnerable con una discapacidad mental. Todo ese

tiempo, Elliot se había convencido a él mismo —y a Isla— de que se trataba de Andie Bell.

Esto dejó una última pregunta sin responder: ¿qué le ocurrió a la auténtica Andie Bell? Nuestra joven detective también superó a la policía en eso. «Fue Becca Bell, la hermana pequeña de Andie.» Pip descubrió que habían abusado sexualmente de Becca en una fiesta en una casa (conocidas como «fiestas *destroyer*»), y que Andie vendía drogas como Rohypnol, la que Becca sospechaba que le habían administrado antes de su violación. La noche que Andie fue a casa de Ward, Becca, presuntamente, encontró en la habitación de su hermana las pruebas de que Max Hastings le había comprado Rohypnol, por lo que era muy probable que fuera el atacante de Becca (Max se enfrentará pronto a un juicio por varias acusaciones de abuso sexual y violación). Pero cuando Andie volvió, no reaccionó como Becca esperaba, sino que impidió que esta fuera a la policía porque la metería a ella en problemas. Comenzaron a discutir y a empujarse, hasta que Andie terminó en el suelo, inconsciente y vomitando. La autopsia de Andie —que se completó el pasado noviembre, cuando por fin se recuperó el cuerpo— reveló que «la hinchazón cerebral debido al trauma no fue mortal. Aunque, sin duda, fue lo que provocó la falta de consciencia y el vómito. Andie Bell murió por asfixia, ahogándose en su propio vómito». Supuestamente, Becca se quedó paralizada viendo cómo su hermana moría, demasiado impactada y enfadada como para salvarle la vida. Entonces, escondió su cadáver porque temía que nadie creyera que había sido un accidente.

Y así termina esta historia. «No hay sesgos ni filtros, es la pura y triste verdad sobre cómo murió Andie Bell y cómo asesinaron a Sal, orquestándolo todo para que él pareciera el asesino y que todo el mundo se lo creyera.» En su mordaz conclusión, Pip menciona, con nombres y apellidos, a todo aquel que considera cul-

pable de las muertes de estos dos adolescentes: Elliot Ward, Max Hastings, Jason Bell (el padre de Andie), Becca Bell, Howard Bowers (el camello de Andie) y la propia Andie Bell.

«Asesinato para principiantes» llegó a lo más alto de la lista de iTunes con su primer episodio hace seis semanas y, de momento, no parece que vaya a bajar de ahí en un tiempo. Con el lanzamiento anoche del último episodio, los espectadores ya están pidiendo una segunda temporada del exitoso pódcast. Pero, en una declaración publicada en su página web, Pip dijo: «Me temo que mis días detectivescos han llegado a su fin y no habrá una segunda temporada de APP. Este caso casi acaba conmigo; era lo único en lo que podía pensar una vez que me metí en él. Se convirtió en una obsesión malsana, poniéndonos en peligro a mí y a los que me rodean. Pero sí que voy a terminar esta historia. Grabaré las actualizaciones de los juicios y los veredictos de todos los involucrados. Prometo que seguiré aquí hasta que se diga la última palabra».